

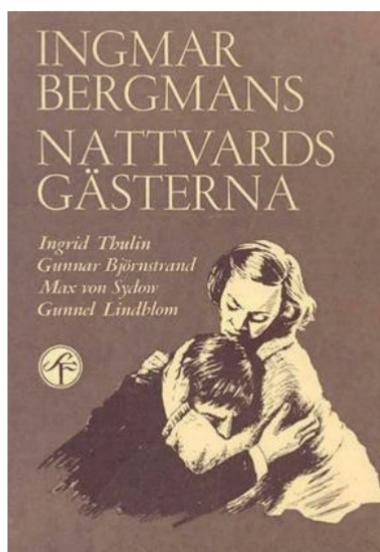
Indolencia divina

Por Zvezda Ninel Castillo Romero

Los Comulgantes (1963)/*Noche de Circo* (1953).
Dirección: Ingmar Bergman

Las relaciones con los dioses son lo primero en mi tren de pensamiento al hablar de Bergman, por eso pensé en escribir desde lo que más me gusta de los dioses: su inexistencia, su muerte o su silencio. *Los Comulgantes* y *Noche de circo* tenían que ser mi elección. Diez años más joven que *Los Comulgantes* (una de las preferidas del propio Bergman, considerada por muchos como una obra de madurez

sumamente representativa), *Noche de Circo* ofrece otra faceta de la ausencia, del fracaso y del silencio de dios que vale la pena contrastar, para reflexionar sobre los extremos de esta tragedia y sobre la posibilidad o imposibilidad de romper con ella en el Bergmanverso. En *Los Comulgantes*, seguimos al pastor Thomas Ericsson, un hombre obsesionado con su fallecida mujer, cuya expresiva mirada y agripada nariz indican los quiebres de su cuerpo ante la angustiada ausencia divina. En *Noche de circo* el protagonista es Albert Johansson, un director de circo que vive rodeado de pulgas y lodo que encua-



- **Indolencia divina**

dran su miseria material y cuyas mejillas sudadas por el alcohol y la indignación revelan los límites de su carne ante la ausencia de paz. Dos personajes muy distintos pero equiparables por sus trabajos que les exigen más de lo que pueden dar (a uno, una fe que ya no siente —no sé si realmente creerles a todos cuando dicen que alguna vez la tuvo—, y al otro, una resistencia a la pobreza que ni él ni nadie puede llevar bien para siempre), dos hombres que ven en el continuar viviendo un irrenunciable pero odioso deber.

No creo forzar demasiado los paralelismos al comparar a Thomas y Albert en más sentidos que su compartida decepción ante el oficio que experimentan como condena existencial, pues las personas que los rodean juegan roles que podemos mirar como expresiones distintas de tropos similares. En los dos casos los protagonistas tienen que lidiar con un par de sátiros que los irritan porque expresan con altanería sus problemas: Thomas tiene al organista y al sacristán, y Alfred tiene al director de teatro y al actor. Ambos tienen una mujer en su pasado que se ha convertido en la representación de una tranquilidad perdida para siempre y una mujer en el presente con la cual las cosas son complejas tanto por su carácter como por el hecho de que no satisfacen sus vacíos. Thomas tiene a Martha Lundberg, una maestra a la que no ama porque le repugnan sus periodos, sus achaques, la forma en la que le habla cuando no quiere oír razones, y los sarcasmos con los que responde cuando él rompe sus barreras; Alfred tiene a Anne, una joven amazona a la que quiere, pero a la que trata de abandonar, porque ve en ella a la mujer por default indecente del mundo pobre y caótico del circo que lo está matando. Así, viendo diálogos fracturados entre tipos totalmente hundidos en la duda propia y mujeres que se esfuerzan por oírlos y ayudarlos pero que tienen intereses distintos y pocos elementos para entender y abordar lo que les aqueja; uno puede llegar a desentender la idea de casarse y generar una familia a sabiendas de que la comunicación de todas maneras caerá en saco roto y que el problema no radica entonces en el romance sino en la falta —quizá la imposibilidad— de comunicación. Aunque no es necesaria esta lectura cruzada, me interesa destacar que el universo Bergman tiene abierta la posibilidad de leerse de esta forma. No es por mera ociosidad que la

audiencia ha agrupado *Como en un espejo*, *Los comulgantes*, y *El silencio* en la trilogía no oficial conocida como *El silencio de Dios*. No se trata de un paralelismo ocioso, sino de conectores que dan prueba de un universo vinculado a nivel de subsuelo. Aunque es controvertible, no se puede negar que el meta-proceso de creación de Bergman y sus juegos con actores y nombres llevan la vinculación temática más allá del puro estilo o sello personal: hay un cuerpo filosófico que sostiene este universo narrativo hasta el punto en que el mismo Bergman, o mejor dicho, Pigmar, se confunde en él. Un punto muy importante dentro de *Los Comulgantes*, que se hace todavía más notorio cuando la ponemos al lado de esta otra cinta, es el de las diferencias que existen entre los dolores y atribulaciones de naturaleza material y de carácter espiritual. Por un lado, la brutalidad de la soledad mental, por encima del suplicio físico, es expresada de manera magistral por Algot, el perspicaz y burlón sacristán, que medita sobre la pasión de Cristo y sobre la simpleza de la gente que cree en el clamor de Jesús en la cruz. Por otro lado, la reivindicación del mundo material ante la presencia del malestar anímico, la lección del sentido común, la practicidad y el reino del hombre que vienen de la mano de Martha, pues es ella quien se define a sí misma como fuerte, práctica y se ofrece a salvar a Thomas mediante el amor y el matrimonio. El personaje de Karin hace un mejor trabajo que Martha al balancear las preocupaciones mundanas con las meditaciones sobre la vida, le tensan las inquietudes de su esposo por la pequeñez del hombre frente a los conflictos globales y ella misma los siente, los dimensiona, pero “no se preocupa tanto... será que le falta imaginación”. Sus preocupaciones son más cercanas, son sus tres niños y el que viene en camino, conoce sus límites frente a la naturaleza de los apremios que ofuscan a su hombre, y es por ello que delega la palabra a alguien más preparado en la materia —a falta de un buen psicólogo o de una filosófica amistad que le apoye—, se confió a las sabías orientaciones del pastor... pésima apuesta: Thomas es un predicador derrotado que más bien parece haber contribuido al desenlace temido, es un hombre sin consuelo que sólo sabe hablar de sus propios desencantos, del hecho de que la imagen de dios que solía tener siempre había sido la de un dios personal y aséptico, que lo decepcionó.

Imagen 1. Fotograma de la película Noche de circo (1953).



Fuente. FILMAFFINITY.COM.

La yerma frialdad del paisaje parece una vista al interior de Thomas, el interior del que nadie puede tomar nada —ni siquiera un sermón decente—, que le sirva para la vida. Qué absurdos y egoístas le resultarán, me imagino yo, de aquí en adelante los dolores del religioso inservible que no puede hacer de puente entre lo íntimo y lo común; que excesivamente burgueses e individualistas se ven los tormentos del alma cuando se le comparan con los conflictos pragmáticos y sociales que envuelven a los personajes de la otra película. Albert es parecido en muchas circunstancias a Thomas, pero no en su postura frente al hombre, a él no le afecta tanto el silencio de dios como el silencio de la justicia que le garantice la paz y la plata suficiente para no desfallecer; él “ama a los hombres, quiere abrazarlos pero ellos le rechazan” porque su situación es caos e incertidumbre y por eso —sólo por eso— es por lo que quisiera dejar el circo. Anne también quisiera huir de las dificultades, pero no visualiza —y probablemente no tenga— una salida que no vaya del brazo de un amante, y los amantes a su disposición no pueden o quieren sacarla de esa posición, su ausencia de “decencia” se debe en mucho a su ausencia de estatus, de un sitio en la sociedad en la que la virtud no le sea regateada.

Imagen 2. Fotograma de la película Noche de circo (1953).



Fuente. CGAI.XUNTA.GAL.ES

En realidad todos los habitantes de esa triste caravana (hasta los animales en ella) quisieran huir de la dureza de su realidad porque todos son los marginales de una sociedad que le paga mal al arte y que estigmatiza en niveles variados a los que le consagran su vida, no tienen escapes porque viven en un mundo que goza de marcar, azotar y reír de la desgracia, más que de la actuación, de los de su clase: el policía los expulsa de la calle porque no tienen permisos para estar ahí, los soldados —que entran en escena disparando sus cañones al aire como si estuviesen caminando con los pitos por fuera se burlan de ellos, y hasta los teatreros —los que uno imagina sus aliados naturales— los meten en la lógica del abuso porque su necesidad los pone al alcance del yugo de quien quiera que esté un escalón arriba, y así, sin ningún tapujo, lo admite el director del teatro que reconoce que “somos dos caras de la misma moneda...el más torpe de nosotros podría escupirle al mejor de los suyos porque ustedes se juegan la vida, nosotros la vanidad.” (¿Algún parecido con esta realidad? Tal parece que hay un drama compartido entre los cirqueros de Bergman y los cupletistas, malabaristas, payasos y demás bohemias almas de Puebla). Tal vez entre ambas cintas puede tejerse una madeja de reconciliación entre el cuerpo y el alma que bien puede salir adelante sin dios de por medio. Que dios calle todo lo que quiera, la voz del humano es más importante. ¿Tan difícil es voltear hacia el lado antes que hacia un cielo vacío?